

LA ESTETICA DE ANA MARIA MATUTE

Ana María Matute, una de las novelistas más prolíficas y con solidadas de la narrativa española actual, pertenece, por cronología y afinidad intelectual, al segundo de los tres grupos - anárquico, objetivista y realista crítico - aparecidos en la novela española de la postguerra. No obstante, hay que hacer notar que la promoción objetivista - cuya primera manifestación puede situarse entre los años 50 - ofrece dos vertientes condicionadas por sus respectivos marcos geográficos: la madrileña y la catalana. En la primera, Ferlosio, Aldecoa o Fernández Santos, sus principales representantes, extreman una objetividad que en los catalanes - Matute o el Juan Goytisolo de sus primeros libros -, atemperados por la indulgencia mediterránea, deriva hacia un realismo mágico no exento de lirismo.

Ana M^a Matute comienza a escribir siendo casi una adolescente - "Los Abel", 1947 - y paso a paso, con la regularidad propia del narrador nato, ha llegado a alcanzar un lugar privilegiado en las letras españolas, después de acaparar los premios literarios más codiciados del país. En este momento, apenas rebasados los cuarenta años, Ana M^a Matute ha alumbrado docena y media de libros, y si algunos son muy breves - "Fiesta al Noroeste, Historias de la Artami-la" - otros hay, en cambio - "Los hijos muertos", "En esta tieira..." - densos y de abultada paginación.

Tímida y retraída, sensible y pueril, A.M.M. encaja en la promoción de 1950 un tanto forzadamente. Quiero decir que si el realismo y, en particular, la objetividad de esta autora pueden ser discutibles, su voluntad de estilo, la plasticidad descriptiva y la inquietud social - notas asimismo definidoras de aquella promoción - resultan, a mi juicio, incontestables. Entonces podríamos pensar, quizá con fundamento, que la escritora prevalece sobre la narradora. Así lo insinué recientemente ante un auditorio universitario en Madrid, a lo que un joven objetor replicó: "Cierto. Ana María Matute escribe muy bien, pero ¿qué dice?". Para este muchacho, apremiado por la

Ana María Matute, una de las novelistas más prolíficas y con
solidadas de la narrativa española actual, pertenece, por cronolo
gía y afinidad intelectual, al segundo de los tres grupos - enérpu
co, objetivista y realista crítico - aparecidos en la novela espa
ñola de la postguerra. No obstante, hay que hacer notar que la pro
moción objetivista - cuya primera manifestación puede situarse en
los años 30 - ofrece dos vertientes condicionadas por sus reser
pectivos marcos geográficos: la madrileña y la catalana. En la
primera, Ferrásio, Aldaco o Fernández Santos, sus principales re
presentantes, extreman una objetividad que en los catalanes - Matu
te o el Juan Goytisolo de sus primeros libros - , atemperados por la
indulgencia mediterránea, deriva hacia un realismo mágico no exento
de lirismo.

Ana María Matute comienza a escribir siendo casi una adolescente
- "Los Abel", 1947 - y pasa a paso, con la regularidad propia del
carácter nato, ha llegado a alcanzar un lugar privilegiado en las
letras españolas, después de ocupar los premios literarios más
codiciados del país. En este momento, apenas rebasados los cuarenta
años, Ana María Matute ha alcanzado docena y media de libros, y el al
gunos son muy breves - "Fiesta al Noroeste", "Historias de la Artañi
la" - otros hay, en cambio - "Los hijos muertos", "En esta fiesta..."
- densos y de sólida paginación.

Tímida y retraída, sensible y pura, A.M.M. encaja en la pro
moción de 1950 un tanto forzadamente. Quiero decir que si el realis
mo y, en particular, la objetividad de esta autora pueden ser discu
tibles, su voluntad de estilo, la plasticidad descriptiva y la indus
triosidad social - notas siempre definitorias de aquella promoción - resul
tan, a mi juicio, incontables. Entonces podríamos pensar, quizá
con fundamento, que la escritora prevalece sobre la narradora. Así
lo insinúa recientemente ante un auditorio universitario en Madrid,
a lo que un joven objetor replicó: "Claro. Ana María Matute escribe
muy bien, pero ¿qué dice?". Para este muchacho, arremido por la

2

eficacia, A.M.M. escribe mucho y bien pero dice poco. Abocamos así a la vieja disyuntiva, hoy acentuada, de si lo que importa en literatura es el qué se dice o el cómo se dice, cuando en realidad un escritor no puede prescindir de ninguna de las dos cosas. Ocurre, sencillamente, que el estilo de A.M.M., la generosa fluencia de adjetivos rutilantes y cromáticos, la tupida fronda de imágenes poéticas, un poco a la manera de esos cohetes multicolores que sazonan las fiestas populares españolas) se interponen entre el lector y la realidad, la deslumbran, produciéndole a veces la impresión de no tocar fondo. De este modo, la metáfora fulgurante, el patetismo lírico - tan del gusto de la autora - siendo estética y temáticamente provechosa pueden hacer el efecto de reiterativos cuando no de superfluos. Mas sería gratuito afirmar que estos relampagueos versicolores sean inútiles, ni siquiera que constituyen un defecto: son simplemente el vehículo de un estilo, de una manera de hacer o, si se prefiere, la expresión de una personalidad.

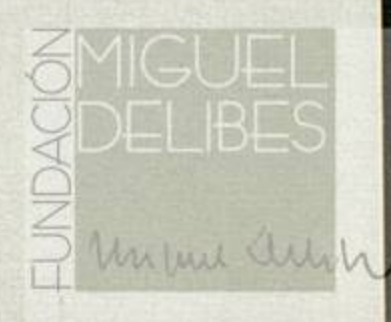
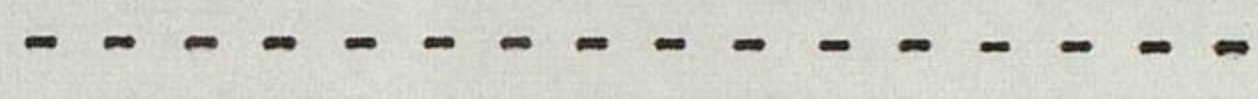
Para mí, esta propensión al color y al movimiento, constituye la manifestación más clara de la nostalgia infantil de la escritora. Diría más: Ana María Matute es una escritora que escribe desde la infancia, bien recreando o trascendiendo su anecdotario de entonces, bien ahondando una y otra vez en el drama de la insolidaridad - Caín y Abel - secuela, seguramente, de su experiencia personal de la guerra civil, vivida, asimismo, cuando no era más que una niña. La infancia, en una y otra forma, determina la obra de A.M.M.: su fondo y su forma. ¿Qué es sino una disposición pueril, la apelación al disfraz y la máscara para ocultar - para enervar, al menos - la crudeza de la realidad? A.M.M., como el primer Goytisolo, echa mano con frecuencia del histrión, del saltimbanqui, del mundo de la funámbula, del niño, para disfraza su angustia adulta. Y, posiblemente, respondan al mismo motivo, la tendencia de A.M.M. a limar las aristas de la tragedia con topografías umbrias - "Los hijos muertos" - en un país cuya nota dominante es la más descarnada aridez, o su debilidad por bautizar a sus héroes con nombres eufónicos - Gus, Cristián, Zarco, Geza etc - en un pueblo donde los hombres suelen llamarse Pepe, Juan o Eufemiano. Todo en A.M.M. coopera a

eficacia, A.M.M. escribe mucho y bien pero dice poco. Abocamos así a la vieja disyuntiva, hoy acenada, de si lo que importa en literatura es el qué se dice o el cómo se dice, cuando en realidad un escritor no puede prescindir de ninguna de las dos cosas. Ocurra, sencillamente, que el estilo de A.M.M., la generosa fluencia de sus juicios intuitivos y cromáticos, la tibia fronda de imágenes poéticas, un poco a la manera de esos cohetes multicolores que azoran las fiestas populares españolas) se interponen entre el lector y la realidad, la deslumbran, produciéndole a veces la impresión de no tocar fondo. De este modo, la metáfora fulgurante, el patetismo lírico - tan del gusto de la autora - siendo estética y temáticamente provechosa pueden hacer el efecto de reiterativos cuando no de superfluos. Mas sería gratuito afirmar que estos relampagueos versicolores sean inútiles, ni siquiera que constituyen un defecto: son simplemente el vehículo de un estilo, de una manera de hacer o, si se prefiere, la expresión de una personalidad.

Para mí, esta propensión al color y al movimiento, constituye la manifestación más clara de la nostalgia infantil de la escritora. Dirla más: Ana María Matute es una escritora que escribe desde la infancia, bien recordando o trascendiendo su anecdotario de entonces, bien ahondando una y otra vez en el drama de la insolidaridad - Cain y Abel - sacueta, seguramente, de su experiencia personal de la guerra civil, vivida, asimismo, cuando no era más que una niña. La infancia, en una y otra forma, determina la obra de A.M.M.: su fondo y su forma. Qué es sino una disposición pueril, la que obliga al distraer y la máscara para ocultar - para enervar, al menos - la crudeza de la realidad? A.M.M., como el primer Goytiscalo, echó mano con frecuencia del histrionismo, del saltimbanqui, del mundo de la fundación, del niño, para distraer su angustia adulta. Y, posible- mente, responden al mismo motivo, la tendencia de A.M.M. a limitar las aristas de la tragedia con topografías umbrías - "Los niños muertos" - en un país cuya nota dominante es la más descarada aridez, o su debilidad por bautizar a sus héroes con nombres eufónicos - Gus, Cristián, Zarco, Sara etc - en un pueblo donde los hombres suelen llamarse Pepe, Juan o Eufemiano. Todo en A.M.M. coopera a

Sofrenar su propia angustia ante la falta de entendimiento - de amor -
entre los hombres. Ella no oculta la llaga; ^{la} distancia *artisticamente*.
La llaga - la incomprensión, el odio entre hermanos - está presen_
te y sangrante en todas sus obras. Esta actitud - movida, repito,
por una lúcida y herida conciencia de niña - no es una evasión: es
una estética. Del choque entre el candor, la bondad natural de A.M.
M., y la brutal realidad que nos envuelve, brota esta literatura
patética que tal vez proceda cobijar bajo la etiqueta de realismo
mágico o realismo poético.

MIGUEL DELIBES



... en propia angustia ante la falta de entendimiento - de amor -
entre los hombres. Ella no oculta la lisa; distancia ^{la} ~~artificialmente~~
la lisa - la incomprensión, el odio entre hermanos - está present
te y sangrante en todas sus obras. Esta actitud - movida, repito,
por una lacerada y herida conciencia de niña - no es una evasión: es
una estética. Del choque entre el candor, la bondad natural de A.M.
y la brutal realidad que nos envuelve, brota esta literatura
patética que tal vez proceda copiar bajo la etiqueta de realismo
mágico o realismo poético.

MIGUEL DELIBES

